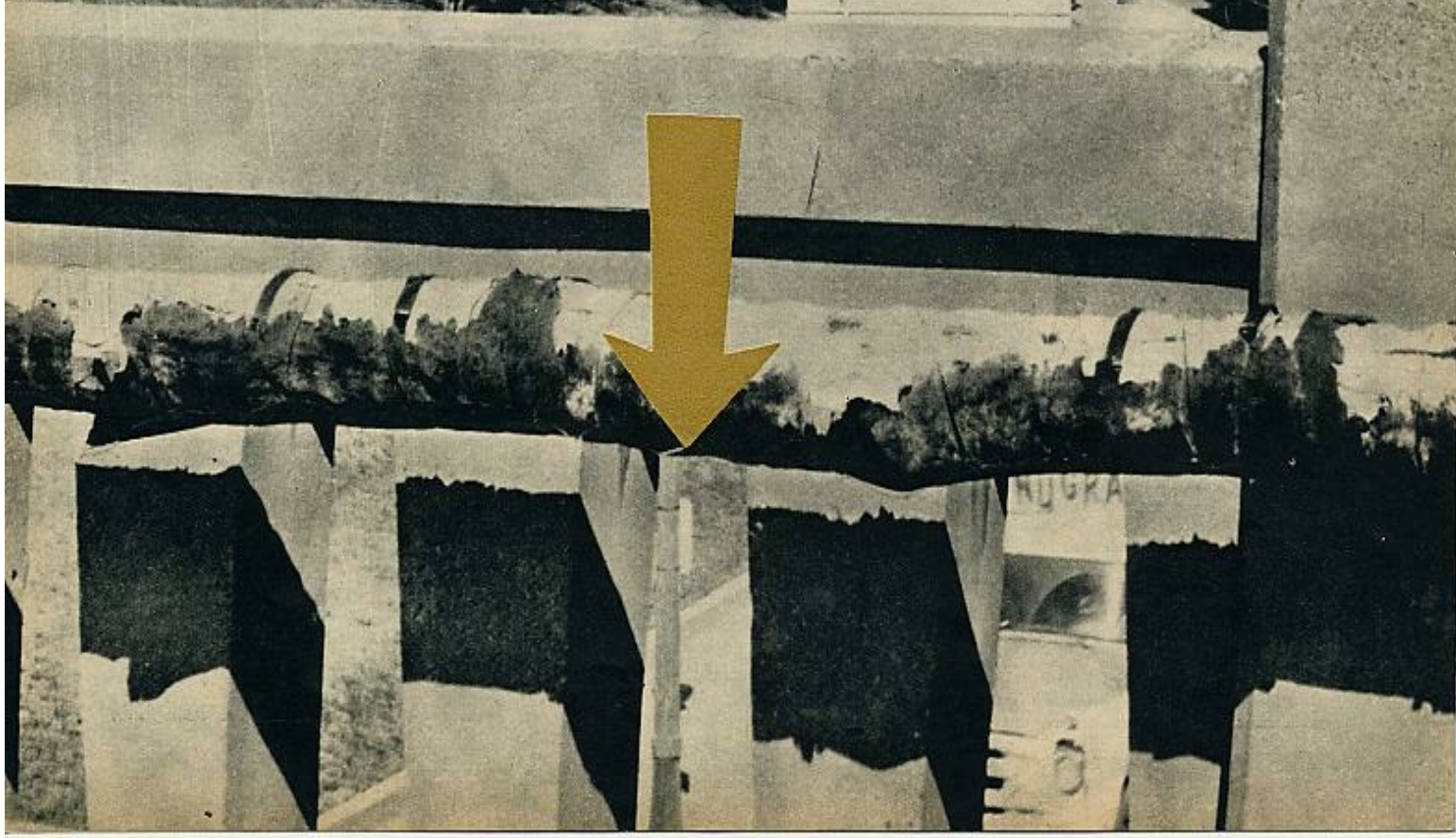




EL TRAYECTO DEL ASESINO

SEGUN LA HIPOTESIS DE BUCHANAN

En Dallas, Thomas Buchanan ha fotografiado el escenario del crimen. Como se sabe, su hipótesis es ésta: uno de los asesinos, que se encontraba situado en el puente del ferrocarril, tiró sobre John F. Kennedy de frente y posteriormente pudo huir. Las fotos muestran por qué.



3 LOS ASESINOS DE KENNEDY

OSWALD Y EL F. B. I.

EN los dos números anteriores, hemos publicado las primeras entregas del apasionante informe de Thomas Buchanan en el que, con un riguroso espíritu crítico, se analizan las contradicciones e inverosimilitudes de la tesis mantenida oficialmente en torno al asesinato de Kennedy. Buchanan cree que es altamente improbable que el Presidente haya sido asesinado por un solo hombre. De su análisis se deduce que Lee H. Oswald no habría sido sino uno de los elementos de un complot, destinado en particular a distraer la atención, y que el tirador que alcanzó al Presidente en la garganta —al mismo tiempo que se disparaba sobre él por la espalda desde la ventana del Depósito de Libros— se encontraba en el puente del ferrocarril, frente al coche presidencial. Igualmente, al analizar la extraña conducta del agente Tippitt, parece poder deducirse que éste no era sino una más de las personas mezcladas en el complot. En el presente capítulo Buchanan estudia, en particular, las protecciones de que parecía gozar Oswald, que resultan demasiado extrañas si se tiene en cuenta que, oficialmente, se le tenía por comunista.

COPYRIGHT "L'EXPRESS" 1964



Imagínese al asesino. Espera la llegada del coche presidencial oculto tras el parapeto del puente. Enfrente, y en la ventana que señala la flecha —foto de la izquierda— sabe que su cómplice también aguarda. Sabe asimismo que no puede ser observado desde la calle y que en torno suyo no hay nada más que los raíles vacíos. En la foto de arriba el coche se aproxima. El asesino prepara cuidadosamente su carabina apuntando a la calle a través de uno de los mínimos huecos del parapeto. Cuando el coche del Presidente alcance justamente el punto indicado por la flecha, disparará.

EL PRESUNTO MAGNÍFICA ESTABA FICHADO HACIA TIEMPO POR EL F.B.I., LA C.I.A., LA RED SQUAD (BRIGADA ANTI-ROJA) Y LA POLICIA MUNICIPAL DE DALLAS

QUIEN era Jack Ruby? Un gangster que no ocultaba el hecho de serlo. Esta cualidad le confería cierto prestigio en el medio que frecuentaba. La policía estaba en magníficas relaciones con este gangster; estas relaciones duraban desde hacía mucho tiempo y tampoco la policía las ocultaba. No vale la pena insistir sobre este punto, que está perfectamente establecido. Pero pueden decirse más cosas: estas excelentes relaciones llegaban —para ciertos miembros de la policía— hasta un pacto de defensa mutua, en virtud de lazos establecidos recientemente por una empresa común. ¿Qué empresa?

Los observadores extranjeros olfatearon en su mayoría la pista sobre la que les ponía Ruby. ¿Dónde conducía? Todo el asunto les parecía sospechoso; incluso doblemente sospechoso después de la intervención de Ruby. Los indicios de una conspiración les parecían evidentes y numerosos. Lo eran, en efecto. Y eso que había que ser capaz de discernirlos. Y aquí es donde los observadores extranjeros fueron lanzados a una pista falsa. A falta de un conocimiento íntimo del país, que no se adquiere más que naciendo en él o viviendo en él la mayor parte de la vida, tomaron a menudo por esencial lo que era simplemente accesorio. Resumamos, pues, muy sucintamente los acontecimientos de Dallas, para separar luego lo banal de lo insólito:

«Desde un edificio perteneciente al municipio de la ciudad y por él administrado, un empleado municipal dispara sobre el Presidente de los Estados Unidos. Conocido por sus opiniones subversivas, el empleado, que ha vivido en la U. R. S. S., ha sido interpelado recientemente por distribución de pasquines procastristas. Las policías municipal y federal le han vigilado, pero no le han encontrado peligroso.

Dos días más tarde, en otro local municipal —el cuartel general de la policía—, el empleado municipal es muerto por un gangster de Chicago. La policía no se había inquietado por la presencia del gangster en sus locales, y ni siquiera le había registrado.»

En esta sucesión de hechos, ¿qué es banal y qué es aberrante, incluso casi imposible? Responderé inmediatamente. De momento interesa examinar la respuesta de los corresponsales extranjeros. Porque lo que más les chocó fue que un gangster y unos policías pudieran estar íntimamente relacionados y jugar al dominó en la comisaría durante sus ratos libres. La cosa, en efecto, sería inconcebible en Europa. Igualmente excepcional —a los ojos de los periodistas extranjeros— resultaba el hecho de que los policías dejen asistir a un gangster al traslado de Oswald, después de que el F. B. I. les **SIGUE**



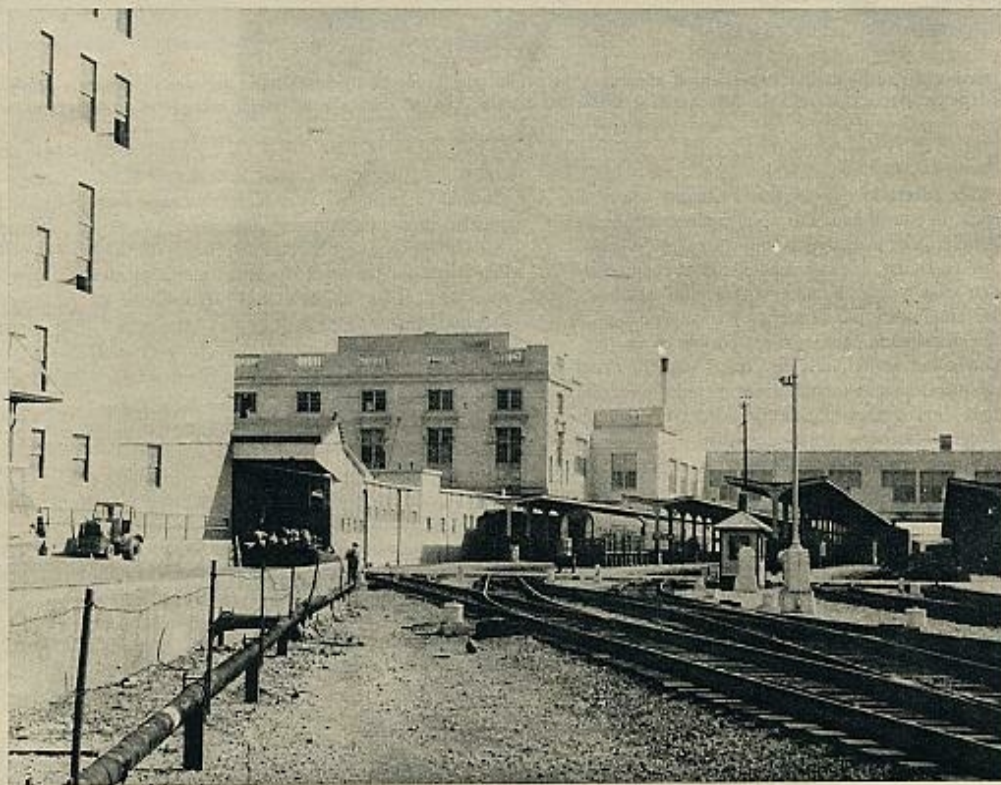
El disparo. El coche continúa rodando cara al puente. El Presidente se lleva la mano al cuello. Su esposa grita: «¡Oh, no!» El coche acelera la velocidad. Dentro de unos minutos John Fitzgerald Kennedy va a morir. La foto, tomada en el mismo instante en que el asesino hacía blanco disparando desde el puente, mientras la multitud aclamaba al Presidente, constituye un documento de indiscutible valor histórico.

COPYRIGHT "L'EXPRESS" 1964





Tras su certero disparo, el asesino ha arrojado el arma, todavía humeante, y ha corrido velozmente hasta la otra extremidad del puente, encorvándose para no ser advertido desde abajo, donde la multitud vive intensamente el dramático momento. Protegido de las miradas por el pretel, el asesino acaba de realizar con éxito su plan.



Desde el lugar donde Kennedy acaba de ser abatido, se vería así el puente. Pero todos vuelven la vista ahora, porque los disparos últimos han sonado atrás, en el edificio del Depósito de Libros; aunque alguien hubiera podido advertir al asesino, la persecución se haría muy difícil. Habría que escalar un talud escarpado y salvar la valla de un aparcamiento privado, señalada por la flecha.

En el supuesto de que el verdadero asesino hubiera sido descubierto, y un perseguidor escalara el talud y saltase la valla, o bien hubiera llegado arriba dando un rodeo, vería esta escena vacía: el término de una vía de ferrocarril y a la izquierda un almacén de mercancías. Al otro extremo del almacén existe una puerta que da a Houston Street. El asesino habría desaparecido ya.

SOLO GOZANDO DE PROTECCION GARANTIZADA



El asesino, en su huida, ha atravesado el almacén y ha salido por la puerta situada al lado del camión, según la primera foto. Ahora se encuentra en Houston Street —fotografía de ocultarse; volver a la derecha y atravesar la calzada, con el consiguiente riesgo; esconderse en la sala de espera, o bien atravesar la otra calle corriendo y en

había advertido que existían amenazas contra la vida de este último. Los observadores extranjeros dedujeron de ello, a veces, que los gangsters reinaban en Dallas, que la policía estaba en connivencia con ellos y que Kennedy había sido asesinado, verosimilmente por la mafia. Y añadieron que lo que acababa de pasar sólo era posible en una ciudad como Dallas, célebre por el número anual de sus asesinatos (número más elevado que el de toda Inglaterra) y por la facilidad con que allí pueden comprarse armas de fuego.

Grave error. Los lazos entre la policía y los gangsters son, quizá, más espectaculares en Dallas que en otros lugares, pero no tienen nada de excepcional. Hace algunos años, la policía de Dallas fue citada, incluso, como una de las mejores que podían encontrarse en una ciudad americana de este tipo (800.000 habitantes). Está, desde luego, mucho menos corrompida que la de Nueva York, por ejemplo: allí, según el informe Kefauver, la policía, los hombres políticos, los jueces y los gangsters son asociados de negocios.

La corrupción de la policía municipal, en Estados Unidos, es conocida no sólo de los patronos que han colaborado con ella y con los gangsters para combatir a los sindicatos, sino de cada uno de los ciudadanos americanos.

¿Qué conclusión puede sacarse de ello? ¿Que los Estados Unidos están dominados por los gangsters? ¿Que éstos —que la mafia— han or-

ganizado el atentado contra Kennedy con la complicidad de policías corrompidos? Esta es la tesis defendida por Serge Groussard en «L'Aurore». Pero tiene un punto débil: ¿qué interés pueden tener los gangsters en asesinar al Presidente de los Estados Unidos?

Imposible para un comunista

En efecto, por grandes que sean —en política interior y exterior— las diferencias entre Kennedy y su sucesor, nadie ha podido aún pretender que su actitud con respecto a los gangsters fuera diferente. Nada hacía suponer que Lyndon Johnson disminuiría la lucha contra los gangsters —o contra el gangsterismo, bajo cualquiera de sus formas— como, por otra parte, lo ha demostrado después del asunto Hoffa.

Luego si es cierto que los gangsters estuvieron mezclados en el complot contra Kennedy y que se contrataron sus servicios como asesinos, si es cierto que aquéllos realizaron su «trabajo» —un «trabajo» para el cual tenían toda la experiencia requerida—, no es menos cierto que no se encontraban en el origen del crimen.

Los europeos, que se han asombrado de las relaciones entre Ruby y la policía y que han visto en ello un fenómeno sospechoso, han tomado, pues, por un indicio significativo un hecho banal. No

se han dado cuenta, en cambio, de cuál era el elemento anormal en el asunto de Dallas.

El indicio que no podía chocar a un europeo, pero que todo ciudadano americano debe haber registrado con estupefacción —porque se trata de una cosa imposible en Estados Unidos—, he lo aquí: el empleado municipal del que se piensa que ha matado al Presidente de los Estados Unidos era conocido por sus opiniones subversivas.

Que un Depósito de Libros municipal emplee a un comunista notorio como almacenero puede parecer completamente normal en Francia, donde numerosos alcaldes y concejales son miembros del partido comunista. La cosa es imposible en Estados Unidos, en cambio, y especialmente en Dallas, la ciudad más derechista de América. Ya el simple hecho de ser sospechoso de pro-castrismo priva de toda oportunidad de obtener un empleo oficial, por modesto que sea, y el empleado responsable de haber contratado, o simplemente de no haber despedido inmediatamente a una persona conocida por sus opiniones subversivas, perdería a su vez rápidamente su propio empleo.

En ningún lugar de Estados Unidos un comunista o un simpatizante puede obtener actualmente un empleo en una empresa pública, ni siquiera en una empresa privada que trabaje —en relación directa o indirecta— para el Ejército. Ningún hombre abiertamente de izquierdas solicitaría semejante empleo; no sólo sería trabajo per-

PUEDE DESENVOLVERSE UN MARXISTA EN TEJAS

COPYRIGHT "L'EXPRESS" 1964



to de la derecha— y puede elegir entre volver a la izquierda, en dirección al «Depósito de Libros»; ir de frente, donde hay una plaza descubierta, sin ninguna posibilidad de entrar en el «Dallas Morning News», donde según los testimonios recogidos, se hallaba Ruby. ¿Cuál de estas cinco distintas soluciones ha decidido elegir el asesino?

dido, sino que el solicitante se arriesgaría a provocar una investigación cuyos resultados, divulgados por una hoja local, le privarían de cualquier oportunidad de encontrar un empleo, incluso aunque aquél no tuviera ninguna relación con la defensa nacional. En Tejas, la represión de opiniones comunistas es aún más severa que en los demás Estados. El gobernador Allan Shivers intentó incluso, en 1954, hacer votar la pena de muerte para toda persona que se entregara a actividades procomunistas en Tejas. Los legisladores juzgaron que la cosa era difícilmente compatible con la Constitución de los Estados Unidos y fijaron una pena máxima de veinte años de prisión y 20.000 dólares de multa.

Protecciones seguras

Para dirigirse a Tejas y proclamarse allí marxista, como hizo Lee Harvey Oswald, hay que ser de una temeridad loca, a menos que se goce de protecciones seguras.

¿Se encontraba Oswald en este caso? No ocultaba, en absoluto, sus opiniones marxistas, incluso las proclamaba públicamente. La ocasión de proclamarlas parecía haberle sido proporcionada por los anticomunistas más enardecidos. La publicidad de que gozaba debía dejar con la boca abierta a los demás marxistas americanos. Así,

el 12 de agosto de 1963, fue entrevistado en los estudios de la W. S. D. U. Fue entonces cuando se presentó como «secretario» de la sección del «Fair play for Cuba», de Nueva Orleans. La prensa de esta ciudad publicó varios artículos sobre sus actividades procomunistas, artículos que le hicieron perder su empleo.

Oswald volvió entonces a Dallas, donde ningún patrono privado quiso contratarle, a pesar de que entonces apenas había paro en la ciudad. Era, en efecto, el más célebre de los «subversivos» de Dallas. Tuvo que inscribirse en el Seguro de Paro hasta que la administración municipal le contrató, el 15 de octubre de 1963, diecinueve días después de que la Casa Blanca anunciara que Kennedy iría a Dallas en noviembre.

¿Cómo consiguió Oswald su empleo municipal? Del modo más sencillo que pueda darse: Wesley Frazier, empleado del Depósito de Libros Escolares de Tejas, fue a avisar a Mrs. Ruth Paine, una cuáquera que había cogido a Oswald como subarrendado, de que había una plaza vacante en el Depósito.

¿Por qué —se han preguntado muchos— Oswald no hizo ninguna gestión para conseguir este empleo? He aquí la respuesta: avisada por Frazier, Mrs. Paine telefonó al jefe del Depósito, Roy S. Truly, futuro jefe de Oswald, y le preguntó si era verdad que había un puesto libre. Truly contestó que Oswald se presentara a él al día siguiente, y le admitió después de un breve in-

terrogatorio. Es cierto que el empleo de Oswald era temporal y subalterno. En el momento de su admisión, una investigación profunda pudo parecer inútil. Pero una vez contratado Oswald se situaba bajo la jurisdicción del Gobierno de Dallas, la ciudad más anticomunista del más anticomunista de los Estados. El F. B. I. sabía dónde trabajaba Oswald; Mrs. Paine dice haber proporcionado esta información a los agentes federales que fueron a verla poco después de la admisión de Oswald. Según el «New York Times» del 26 de enero, dio igualmente al F. B. I. las señas de Oswald.

La policía de Dallas conocía con seguridad estas señas. Si el F. B. I. no se las había comunicado, la policía municipal no hubiera tenido ninguna dificultad para conseguir las por sus propios medios. En toda ciudad del tipo de Dallas la policía cuenta, en efecto, con una «Red Squad» (Brigada anti-roja), que tiene por misión única la vigilancia de las personas sospechosas de actividades «subversivas» y el tener al día un fichero con su domicilio, su empleo, sus relaciones, etc.

Si los comunistas o simpatizantes de la izquierda son relativamente numerosos en Nueva York, son tan escasos en Dallas que los policías encargados de su vigilancia les sobrepasan, indudablemente, en número. Evidentemente, un hombre tan marcado como Oswald no es posible que haya trabajado para la municipalidad durante un mes, excepto si un personaje **SIGUE**

Un valor estable...



¿Desea obtener la mejor calidad por su dinero? Exija al efectuar su compra de tejidos la presencia de la etiqueta **FELISOL**, signo invariable de que sus colores son de máxima solidez. Con **FELISOL**, hay seguridad.

FELISOL
Emblema internacional para los
tejidos de colores sólidos.



HABIA UN PACTO DE MUTUA DEFENSA ENTRE LOS GANGSTERS Y CIERTOS ELEMENTOS DE LA POLICIA

bastante encumbrado hubiera ido a hablar con su jefe enseñándole su insignia y su tarjeta oficiales y diciéndole: «Este Oswald al que usted tiene a sus órdenes está en regla. No crea lo que se cuenta sobre él. No podemos darle explicaciones, pero descamos que siga trabajando con usted».

Un hombre disponible

Un simple gangster no habría podido proteger a Oswald ante los investigadores de la «Red Squad». También parece excluido el que Oswald siguiera siendo procomunista en esta época. Ciertas publicaciones de izquierdas han dudado de que lo hubiera sido nunca: según ellas habría ido a la U. R. S. S. con una misión secreta. Esta hipótesis se funda principalmente en las propias declaraciones de Oswald, en junio de 1962, poco después de ser repatriado a Estados Unidos. Según las revelaciones de Pauline Bates, taquígrafa de Forth Worth, Texas, Oswald le había llevado un manuscrito que describía sus desgracias en Rusia. Miss Bates ha pasado tres días transcribiendo este manuscrito que Oswald quería presentar a un editor. Recuerda que el texto era violentamente antisoviético. Oswald contaba que el nivel de vida de los rusos era deplorable, que familias enteras vivían en una sola habitación, que los comunistas escuchaban las conversaciones gracias a micrófonos ocultos... No sólo condenaba a Rusia, sino los principios mismos del comunismo.

No dijo a miss Bates que hubiera desembarcado en la U. R. S. S. con convicciones comunistas y que luego hubiera quedado decepcionado; insinuó, por el contrario, que había ido allí como agente secreto. «Cuando el Departamento de Estado me concedió el visado —habría dicho Oswald— estipulé que no debía contar con ningún apoyo oficial.» Se presentaba, pues, como un espía aprobado por el Gobierno americano, pero que obrara por riesgo y cuenta propia.

Estas insinuaciones de Oswald son altamente inverosímiles. Oswald, en 1959, no tenía ninguna de las cualidades que los servicios secretos americanos exigen a sus agentes. No sabía ruso, no tenía una formación científica que le permitiera hacer observaciones explotables. El hecho de que el libro de Oswald no haya sido publicado nunca permite afirmar que no disfrutaba de protecciones oficiales en el momento en que lo escribió. Indudablemente no era más que un hombre decepcionado que intentaba expresar sus verdaderas opiniones. En aquella época quería expresar su anticomunismo, pero no encontraba a nadie que quisiera escucharle. Abandonado por todos, estaba listo para toda suerte de aventuras. No le quedaba más que encontrar al hombre que supiera aprovecharse de su disponibilidad.

Castrista y anticastrista

Sus declaraciones a miss Bates indican que a partir del momento en que cambió radicalmente de puntos de vista sobre la U. R. S. S. le hubiera

gustado que le enviaran allí como espía. No había que dar más que un paso para convertir en realidad el deseo de ser agente secreto. No tardó en presentarse la ocasión favorable. Recibió ofertas, incluso tantas como para poder permitirse el lujo de escoger.

Hay que decir que en Estados Unidos no son numerosos los hombres que han renunciado a su nacionalidad americana, han vivido tres años en la Unión Soviética y han vuelto al país provistos de una esposa rusa.

No es difícil imaginar que este tráfuga haya sido el agente subversivo más fotografiado y más vigilado en las mesas de escucha; que, cada vez que recibía una visita, se tomara nota cuidadosa de ello; que se supiera el momento preciso en que dejó de cobrar el subsidio de paro, y que sus hojas de paga fueran investigadas. Lo fueron hasta tal punto que el F. B. I., después de su muerte, podía publicar —con una diferencia aproximada de diez céntimos— los ingresos obtenidos en los últimos doce meses de su existencia. Sabemos que el F. B. I. no se ha limitado a seguirle, sino que ha intentado utilizarle. Que haya vendido o no sus servicios es algo que sólo pueden saber los que le han interrogado. Pero, en todo caso, queda fuera de duda la obstinación del F. B. I.

Es interesante señalar que, entre los papeles de Oswald, la policía ha encontrado el nombre de Joseph Hosty, miembro del F. B. I. de servicio en Dallas. Es aún más interesante señalar que Oswald estaba igualmente en posesión del número privado de Hosty, del número telefónico de su oficina y del número de matrícula de su coche. El descubrimiento de estos papeles, que indican que Oswald tenía intención de cooperar con el F. B. I., ha sido revelado al «Houston Post» por Bill Alexander, ayudante del fiscal de Dallas.

El «Philadelphia Inquirer» ha escrito, en su número del 8 de diciembre, que Hosty había tenido una entrevista con Oswald en septiembre y que los dos hombres habían hablado largo tiempo en un coche aparcado cerca de la casa donde vivía la esposa de Oswald, en Irving (Texas).

Algún tiempo antes, Oswald había sido detenido por la policía de Nueva Orleans durante una pelea con elementos anticastristas. Este acontecimiento indica que Oswald jugaba ya un doble juego. Oswald había entrado en contacto con un tal Carlos Bringuier, delegado en Nueva Orleans del «Cuban Student Directorate», un grupo anticastrista. Había contado a Bringuier su pasado de «marine» y se ofreció como voluntario para instruir a los grupos de exilados cubanos desearios de entrenarse para la reconquista de la isla. Una semana más tarde, Bringuier vio a Oswald distribuyendo pasquines a favor de Fidel Castro, probablemente por sugerencia del F. B. I. Es fácil explicarse la furia de Bringuier, que se abalanzó sobre Oswald. Este se encontraba en una situación embarazosa: difícilmente podía demostrar que, de hecho, a quien estaba engañando era al comité procastrista del «Fair Play for Cuba». ¿Qué decidió hacer? Pues bien, según el

(Termina en la página 64)

triumfo

está publicando
EN EXCLUSIVA
PARA ESPAÑA

EL SENSACIONAL
INFORME
BUCHANAN...

LOS
ASESINOS
DE
KENNEDY

En nuestro
próximo número

RUBY ESTA
EN PELIGRO

Cuarto capítulo
de la apasionante
serie escrita
por el científico
norteamericano
Thomas Buchanan

NADIE SE HA
ATREVIDO A PUBLI-
CAR ESTE DO-
CUMENTO EN LOS
ESTADOS UNIDOS

OTRA GRAN EXCLUSIVA
DE

triumfo

LOS ASESINOS DE KENNEDY

(Viene de la página 33)

«New York Times», abrió sus brazos y declaró que no se pegaría con Bringuier.

La oficina neoyorquina del «Fair Play for Cuba» había proporcionado a Oswald los folletos, como hace con cuantos los solicitan. Pero ha insistido en que Oswald «nunca había tenido un título oficial en ninguna sección de ninguna ciudad de los Estados Unidos», y mucho menos el título de «secretario de la sección de Nueva Orleans del «Fair Play for Cuba», por una razón extraordinariamente perentoria: esta organización no tiene ninguna sección en Nueva Orleans. El comité, por otra parte, ha añadido que no había sección local en ninguna ciudad de Louisiana ni de Tejas.

Un pasaporte obtenido rápidamente

Puede presumirse que el F. B. I. quería conseguir una lista de simpatizantes castristas a los que Oswald hubiera conocido mientras ejercía las funciones —que él mismo se había atribuido— de portavoz del «Fair Play for Cuba». Pero sean cuales sean las razones —ánimo de lucro o patriotismo— por las que Oswald hubiera proporcionado o dejado de proporcionar informes, una cosa parece cierta: hacerse apaleado en público por los anticastristas no debió parecerle la manera más agradable de ganarse la vida. Después de que Bringuier sacó a la luz el doble juego de Oswald, éste se hizo sospechoso, por los dos lados, de duplicidad. Se volvió a Tejas. A partir de ahí, tuvo una actuación de agente triple o, incluso, cuádruple. Porque yo no creo que el F. B. I. fuera el único organismo federal que se interesase por la persona de Oswald.

Hay razón poderosa para pensar que otros organismos, tales como la «Central Intelligence Agency», se interesaban por este espía en potencia. De otro modo no podría explicarse el hecho siguiente: el 24 de junio de 1963, Oswald —que había escrito a su regreso de la U. R. S. S. que detestaba este país— hizo una petición al Departamento de Estado en el sentido de solicitar un pasaporte para volver a la Unión Soviética. Y la petición de este pretendido procomunista y ex tráfuga no sólo fue aceptada, sino que lo fue en veinticuatro horas. Cualquiera que en Estados Unidos haya solicitado un pasaporte, aunque no sea más que para ir a Europa occidental, sabe que hace falta una intervención especial para obtenerlo dentro de las veinticuatro horas. Pero en el caso de Oswald, cuyo pasado es conocido, se imponía automáticamente una investigación minuciosa, obligatoria, incluso, por la ley Mac Carran, que —según la interpretación que actualmente se le da— prohíbe a los comunistas americanos viajar fuera del hemisferio occidental.

Luego tenemos dos hechos precisos: Oswald obtuvo su pasaporte sin ser sometido a una in-

vestigación según la ley Mac Carran; obtuvo un puesto de funcionario en la municipalidad de Dallas, también sin ser sometido a la investigación que exige una ley tejana sobre el control de la subversión. No habría conseguido ni lo uno ni lo otro sin la intervención de un organismo gubernamental que le hubiera tomado bajo su protección.

Ahora bien, parece que no ha habido una, sino dos intervenciones oficiales, y que es posible que ninguno de los dos organismos gubernamentales haya sabido que el otro consideraba a Oswald como uno de sus miembros. Ese es el peligro de Estados Unidos: hay tantos organismos diferentes que investigan sobre el comunismo y tan pocos auténticos comunistas que los servicios secretos se ven obligados a repartírselos. Los resultados son, a veces, catastróficos.

Una operación muy diferente

Parece, igualmente, que Oswald ha cooperado con el organismo cuya intervención le permitió obtener su pasaporte. Incluso si se hubiera probado que tenía verdaderamente deseos de volver a la U. R. S. S., desde luego no contaba con



El señor y la señora Palne, amigos de Lee Oswald y de su esposa, de los que el presunto asesino —sólo cómplice, para Buchanan— obtuvo hospedaje a su regreso de la Unión Soviética, entran en la sala de la Comisión Warren, donde fueron citados para prestar declaración. (Foto Cifra.)

el dinero necesario para el viaje que se supone quería realizar. Tampoco tenía con qué pagar su viaje a Méjico, en septiembre. El juez Earl Warren, presidente del Tribunal Supremo, debía declarar a los periodistas en el mes de febrero: «Puede que los viajes de Oswald planteen problemas para la seguridad del país, en cuyo caso no podríamos publicar los hechos que se relacionen con ello». Esta declaración indica claramente que Oswald ha podido ser considerado como un eventual agente secreto en una operación de espionaje americano.

Si en realidad fue agente, su misión en Méjico fracasó, porque los soviéticos y los cubanos no se fiaban de él y se negaron a concederle un visado, a pesar de que él les hubiera asegurado que era un comunista de pro. Pero mientras el F. B. I. y otros organismos intentaban apropiarse a Oswald y pensaban que estaban a punto de lograrlo, éste se lanzaba a una operación totalmente diferente. En marzo de 1963 compra un fusil. Lo usa el 10 de abril para disparar —según la declaración de su esposa— sobre Edwin A. Walker, ex general de extrema derecha, miembro de la «John Birch Society». Pero falla este blanco...

Lo excepcional es que el F. B. I. parece haber estado al corriente de todo esto. La rapidez con la que ha revelado, después del asesinato del Presidente, que Oswald poseía un «Carcano» del calibre 6,5, prueba que ya lo sabía. Habría sido necesario mucho más tiempo para encontrar las pistas de la compra hecha bajo nombre falso y por correspondencia en un almacén de Chicago.

Y, sin embargo, el F. B. I. no trató de neutralizarle; ni siquiera colocó a Oswald en la lista de personas que debían ser vigiladas durante la visita del Presidente. No hay que preguntarse por más tiempo por qué el F. B. I. tiene casi tanto interés como la policía de Dallas en archivar el caso Oswald.

Oswald ha encontrado, pues, lo que buscaba desde su infancia: un medio de protección y de poder. No vamos a ceder a la tentación fácil de atribuir todos los problemas de Oswald al hecho de que no tenía padre. Pero queda fuera de toda duda que, a lo largo de toda su vida, Oswald admiró una cierta brutalidad que se esforzó por adquirir. No tenía más que diecisiete años cuando se alistó en los «marines», elección interesante, si se piensa que es como si un joven francés se alistara en los «paras». Pero la vida de «marine» no le gustó y pidió ser licenciado antes del fin de su servicio. Vino después su experiencia soviética, y ésta también supuso una especie de desilusión. Volvió a Estados Unidos sin nadie que le defendiera y, aparentemente, hizo lo que hacen todos los muchachos que tienen miedo: entró en una banda.

Pero no se trataba de una banda de adolescentes; se trataba de un verdadero «gang». Oswald era entonces un hombre desesperado, desgarrado por fuerzas contradictorias, obligado a jugar un doble juego que, a pesar de todo, le fascinaba, y dispuesto a aceptar una tarea peligrosa en el seno de un grupo en el que, al menos, se creía aceptado, al ser incapaz de pensar, ni por un solo minuto, que se iba a convertir en juguete de aquel.

(Copyright OPERA MUNDI-FIEL 1964 y "TRIUNFO", en exclusiva para España)

EN EL PROXIMO NUMERO:

IV

RUBY ESTA EN PELIGRO